

Los Juanes de *El engaño colorido*

Claudia Albarrán



Juan Antonio Rosado,
El engaño colorido.
Universidad de la Ciudad de México,
colección Al margen, México, 2004,
210 pp.

Aunque para muchos fieles es una realidad incuestionable la existencia de tres seres distintos (el hijo, el padre y el espíritu santo) que coexisten en una sola persona, para mí —que ni practico ni creo en religión alguna— la trinidad cristiana siempre había sido un hecho imposible de constatar y de entender bajo ninguna óptica o circunstancia. No obstante mis férreas ideas, debo reconocer que, en los últimos años —y debido justamente a los encuentros que he tenido con personas como Juan Antonio Rosado— he comenzado a experimentar en carne propia la contundencia de ese misterio trino, al que Jorge Luis Borges (otro agnóstico) se refirió en su libro *El otro, el mismo* (1964), y que, si bien en mi caso sigue exento de cualquier religión, sí se ha manifestado abiertamente, de forma cada vez más palpable, gracias a un puñado de personas cercanas a mí.

Me explico: Hace diez u once años, conocí por primera vez al Juan Antonio Rosado hijo. Mi marido, Armando Pereira (que desde hace

una eternidad es profesor de posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM), volvió a casa una noche con quien dijo ser su pupilo “estrella” de ese curso y lo depositó en el sillón de la sala como quien sienta a su nuevo bebé en el babineto. Acostumbrada ya a las extrañas relaciones de mi marido (que —al término de casi todos los semestres— viene acompañado por un siempre distinto grupo de alumnos predilectos, en mucho parecido a la corte de los milagros), tomé asiento en el lugar de siempre y me dispuse a escuchar lo que, por costumbre, supuse sería el relato de las heroicas hazañas de esta joven promesa: otra lumbrera, pensé, acordándome de todos esos futuros Octavios Paz que han deambulado por mi sala desde hace más de quince años.

El Juan Antonio de entonces era la reencarnación de un personaje de Kafka, un bicho raro, un ser sin Marcela, es decir, dolorosamente solitario, que interrumpía su monólogo de vez en cuando para sacar de la pañalera (el morral que usualmente trae consigo) su botella de aguardiente a manera de biberón. Esa noche —y las mil y una noches que siguieron a ese primer encuentro— tuve la desafortunada oportunidad de escuchar a un ser terrorífico y orgullosamente desvalido: un abominable hombre

de las cavernas, enfundado en su piel de lobo feroz, que parecía haber encontrado en mi marido, en el sillón de la sala, en mi casa, el sitio idóneo para despojarse de todas las desaventuras que hasta entonces habían despostillado su vida: muertes, suicidios, golpes, relaciones maltrechas, rencores combinados con orines, eructos, más aguardiente, imágenes del Kama Sutra, fragmentos del Rig Veda, una frenética defensa del mundo árabe, más aguardiente, citas de *El Cantar de los Cantares*, amoríos con alumnas del colegio en el que impartía clases de literatura y un largo y desastroso etcétera.

Algunos años después de la llegada de este hijo, nada pródigo, por cierto, vino el segundo encuentro, esta vez, con el Juan Antonio Rosado padre: Armando había asumido el compromiso de coordinar la elaboración de un diccionario de literatura mexicana del siglo XX para el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y había decidido invitar a Angélica Tornero (también vieja conocida gracias a los cursos de mi marido en la Facultad) y a Juan Antonio para colaborar en el proyecto. Pese a mis súplicas, comenzaron en mi casa las reuniones de todos los viernes para dar lectura a las cuartillas que cada uno elaboraba por su cuenta durante la semana y que

hoy constituyen el *Diccionario de Literatura Mexicana. Siglo XX*, una investigación que nos llevó más de diez años realizar y cuya segunda edición (recientemente corregida y aumentada) está próxima a publicarse.

Contrario a mis expectativas, durante esos años de investigación y trabajo cotidiano, Juan Antonio demostró una seriedad, un nivel de responsabilidad y un profesionalismo antes insospechados: llegaba media hora antes de la cita, siempre con una infinidad de cuartillas por leer; leía pausadamente su trabajo, con un estilo pulcro, casi perfecto; aceptaba sugerencias y debatía con argumentos contundentes, haciendo gala de una cultura sólida y utilizando una infinidad de referencias a autores y títulos que algunos de nosotros desconocíamos. Gracias a este proyecto, conocí su faceta de investigador acucioso, de académico serio. No creo exagerar si digo que Juan Antonio es una de las pocas personas en este aletargado medio literario, capaz de mantenerse en vela una, dos o hasta varias noches en busca de un matiz, de un detalle, de un dato curioso o relevante; obsesionado por una idea, ha llegado incluso a despertarnos a mitad de la noche para comunicarnos sus descubrimientos bibliográficos; de hecho, sólo alguien tan maniático como

él, perfeccionista hasta llegar al paroxismo, ha conseguido arrebatarle a la editorial el manuscrito de lo que, se suponía, era ya la versión definitiva del *Diccionario...* y suspender la nueva edición por haber encontrado dos o tres erratas que él consideraba imperdonables.

El tercer Juan Antonio, al que conocí en 2003 (fecha de publicación de su primer volumen de cuentos, titulado *Las dulzuras del limbo*, y que he seguido descubriendo a través de sus escritos), es la representación de lo que los cristianos llaman espíritu santo, y que yo concibo en términos de talento: una capacidad creativa que indudablemente Juan Antonio tiene y que le permite volar, rebasar sus propios límites, su propias fronteras y experimentar nuevos giros en otros terrenos como son el cuento y el ensayo.

El engaño colorido, publicado por la Universidad de la Ciudad de México en el 2003, es un ejemplo claro del tipo de relación simbiótica que estos tres Juan Antonios mantienen entre sí, reunidos en una sola persona; el libro es una expresión casi perfecta de esa relación trinitaria, triangular, en la que conviven al menos tres voces distintas, tres personalidades, aunque, de hecho, haya sido escrito por un solo autor.

Como explica el propio Juan Antonio, *El engaño colorido*

está integrado por una serie de ensayos heterogéneos, que fueron concebidos de forma independiente, que fueron escritos en distintos momentos de su vida y que, además, hablan de y desde las distintas experiencias (literarias, intelectuales) que él ha mantenido con el mundo (ya sea real o libresco). De aquí que el título del libro, *El engaño colorido* (independientemente de que haya sido tomado de un ensayo en particular y de que nos remita al poema de Sor Juana y a las extrañas relaciones que se establecen entre la realidad y la ficción) me parezca tan sugerente, pero asociado, sobre todo, a un objeto que considero fascinante: el álbum familiar, compuesto a partir de una serie de imágenes que recorren una vida y que, por ello, también constituyen una especie de iconografía de su autor.

Desde esta óptica, cada uno de los ensayos que componen *El engaño colorido* ha sido para mí el encuentro con una fotografía distinta de Juan Antonio, tomada en determinados momentos de su vida intelectual, en la que lo vemos conversando o discutiendo con sus amigos: escritores o filósofos que —está de más decirlo— él no conoció personalmente, pero con quienes ha establecido nexos muy fuertes, relaciones profundas y apasio-

nadas, surgidas a partir de la lectura atenta de sus obras. Son muchos los personajes que han acompañado a Juan Antonio en su trayectoria literaria, muchos los autores y los textos (tanto orientales como occidentales) que lo han formado o que han marcado y definido las distintas etapas de su proceso intelectual, desde su juventud hasta hoy; desde Ernesto Sábato —cuyas referencias a sus obras aparecen constantemente en los ensayos de Juan (cabe recordar que Rosado hizo su tesis de licenciatura sobre este escritor argentino), pasando por Oswald Spengler, cuya obra, *La decadencia de Occidente*, no sólo marcó a mi generación, sino que (ahora lo sé) fue determinante en la formación del Juan Antonio adolescente. Son también muchos los temas que —tras leer *El engaño colorido*— uno descubre como formando parte de lo que podríamos llamar obsesiones de un autor: su preocupación por esclarecer las relaciones entre el mito y la literatura; por analizar figuras y textos, ya sean paradigmáticos, ya sean marginales de nuestra cultura, con quienes Rosado contiene al “tú por tú”; su interés por desentrañar los vínculos entre erotismo, misticismo y arte; por analizar una serie de realidades contemporáneas, como es la mercadotecnia, el consumismo y la guerra; su afán

por acercarse a una serie de obras y de autores que parecerían lejanos en el tiempo e incluso opuestos entre sí.

Y es que este juego permanente con la diversidad de temas, voces, lecturas y autores que Rosado pone en movimiento a lo largo de sus ensayos son una suerte de calidoscopio en el que ha depositado los recortes de múltiples cartoncillos acumulados a lo largo de sus experiencias literarias y en el que reúne también una variada retacería de vidrios de colores para conseguir un universo siempre rico en posibilidades. En efecto, *El engaño colorido* es un artefacto que multiplica asimétricamente la imagen de los textos y de los autores colocados en él para producir lecturas nuevas, para establecer otras relaciones y para generar interpretaciones frescas a partir de un ligero movimiento del cilindro. En el prólogo, Juan Antonio hace explícito su propósito: “Los encuentros más significativos suelen ser consecuencia, no del trabajo ni de la “seriedad” encaminada a la obtención de bienes útiles, sino del ocio como instante de libertad, como tiempo de reflexión. Los encuentros con los libros o las obras de arte son igualmente fortuitos: dependen del azar, de la sugerencia de alguien, de la atracción por un título en una librería o biblioteca,

de su referencia en otra obra... Cuando los hallazgos producen un impacto que nos convierte en otros, a veces nos impulsan a mantener un diálogo con el objeto o la persona descubierta. Dialogar con el entorno, con la obra leída, con sus lectores, es uno de los movimientos más fructíferos en el campo de la cultura.”

Aunque cabe reconocer que *El engaño colorido* es un libro complejo por la agudeza de las reflexiones de Rosado, por la riqueza de sus fuentes y por la pluralidad de voces convocadas en sus disertaciones, para mí ha tenido ese efecto revelador, ese poder de sugerencia e impacto que él refiere en el fragmento antes citado. Pero quiero aclarar que el impacto que este conjunto de ensayos me ha producido no sólo radica en el hecho de haber sido convidada a leer o releer a ciertos autores o títulos, sino porque durante la lectura de este libro Juan Antonio me ha ofrecido una imagen renovada de sí mismo, una imagen que yo no conocía (a pesar de los años que hemos convivido), y que no ha hecho sino refrendar mis lazos de amistad con él.

Como medio que le permite dialogar con quienes lo han transformado en otros muchos Juan Antonios; como forma de rendir un homenaje a aquellos que lo han acompañado durante

sus reflexiones literarias y filosóficas; como bitácora de un viaje personal, pero siempre delicioso, por el universo de la literatura, la filosofía y la cultura en general; como biografía intelectual de un autor; como mapa que consigue trazar los caminos que han marcado a la literatura latinoamericana, europea, e incluso la árabe y la hindú, *El engaño colorido* es, sin duda, una obra ejemplar que no podemos dejar de disfrutar.

No quisiera concluir esta reseña sin regalarle a Juan Antonio una probadita de ese amargo chocolate que — gracias a sus llamadas nocturnas — me ha quitado el sueño más de una vez: encontré un error en tu libro, y como no pienso decirte en qué página está, espero que esta noche disfrutes de un delicioso insomnio^z